

La autora, aunque con una leve sonrisa escéptica, reproduce con acierto la fermentación ideológica que produjo la revolución de 1868. Los manifiestos y proclamas, a que hemos aludido al principio de este artículo, insistían fundamentalmente en este aspecto de la igualdad. Decía, por ejemplo, la junta revolucionaria de la provincia de Valencia: «premio al trabajo, igualdad de derechos, justicia en todo y para todo: tal es el lema de nuestra santa revolución»<sup>7</sup>.

Pero esta revolución sólo había sido un principio; la mayoría de las obreras de la fábrica de tabacos de La Coruña esperaban con ansiedad—y Amparo, con sus fuerzas personales, luchaba por ello—la república federal.

Esas esperanzas de igualdad (que harán posible su matrimonio desigual) se producen con la llegada del rey Amadeo, campechano y popular, pero tendrán su fundamento auténtico cuando triunfe «la federal»:

«En la actualidad—dice Amparo—, para más hay el aquel de que las clases son iguales; ese rey que trajeron dicen que da la mano a todo el mundo (...), y si viene la federal, entonces...» (II, 162).

Estas citas, escogidas entre otras más, que aparecen diseminadas a lo largo de la novela, muestran la preocupación de la autora por ligar la preocupación política de la protagonista con sus ansias de igualarse a la familia de su novio. El título del capítulo final de la novela es, por tanto, una ironía de doña Emilia: «¡Por fin llegó!», que en un primer sentido se refiere al triunfo de la república, y en un segundo—más profunda y tristemente personal—a la llegada del hijo espúreo; no sólo no se ha producido la tan proclamada unidad de las clases, sino que el abuso de la clase obrera, aquí representada por Amparo, se produce en el momento mismo del triunfo.

La moraleja política del relato (que podríamos resumir diciendo que no se puede confiar en un régimen político que se desconoce) viene a condensarse, pues, en este capítulo final, cuando coinciden la situación alegre de la llegada del nuevo régimen, recibido con gran jolgorio popular, con el momento más triste y álgido de la vida de la protagonista.

Esta preocupación política aparece afirmada por la Pardo Bazán en el prólogo de su novela. En él defendía a su obra de la imputación de que hubiera querido hacer con ella una sátira política. «Al escribir *La Tribuna* no quise hacer sátira política» (II, 103). Ello iría en realidad con el principio de objetividad y de observación científica propugnada por el naturalismo. La enseñanza, el propósito docente, entró en la novela casi a pesar de la autora, según viene a decirnos como excusa.

---

<sup>7</sup> Edición citada de V. BOZAL, pág. 86.

«Porque no necesité agrupar sucesos, ni violentar sus consecuencias, ni desviarme de la realidad concreta y positiva para tropezar con pruebas de que es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce y a los cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos» (II, 103).

Tesis, como se ve, completamente conservadora; no hace falta decir que si sólo se confiase en los regímenes políticos previamente conocidos, no habría nunca la menor posibilidad de cambio. Pero no se trata de discutir aquí una forma de pensar ya caduca, sino de mostrar cómo toda una ideología conservadora subyace—lastrándola—a esta construcción literaria de la condesa gallega. Y que el final trágico de Amparo, la protagonista, a la fuerza debía ser trágico, para castigar el error de haber entregado su tiempo y su ilusión a una causa política que, al parecer de la autora, era errónea e ingenua.

Sin embargo, y dada esa preocupación por reproducir fielmente la realidad que caracteriza a los novelistas de su escuela, la autora pinta fielmente el entusiasmo que los medios obreros sienten por la república federal. Pero la autora no comulga con él ni tampoco piensa que este de la popularidad sea un valor político, y para anularlo como tal, la novelista se complace en pintar la ignorancia de la clase obrera, su falta de discernimiento para juzgar los asuntos nacionales, la poca autenticidad de sus opiniones. Doña Emilia dedica todo un capítulo a una lectura en la fábrica de un periódico local y juega con los malentendidos de las obreras, las confusiones de épocas y lugares, las faltas gramaticales, los vulgarismos, para darnos a entender claramente que poco valor pueden tener las opiniones de quienes tan mal discurren. Irónicamente titula el capítulo: «Estudios históricos y políticos» (II, 125). La importancia que en la novela se da a la lectura de los periódicos parece insinuar, e incluso la autora lo afirma tajantemente en algún momento, que la única razón de la popularidad que había en toda España por la república federal era la manipulación de una prensa, que aparece pintada con rasgos totalmente negativos.

En estos casos, la pintura de la Pardo Bazán está más cerca de la sátira que de la reproducción literal de la realidad, propugnada en el prólogo. Por estos datos quizá haya que dar la razón a *Clarín*, cuando acusaba a nuestra autora de haber tratado la revolución de manera cómica. Era difícil que doña Emilia, por sus condiciones familiares y de educación, pudiera comprender aquel movimiento político, que tanto entusiasmo popular provocó en toda España.

Por el contrario, me parece, por lo menos, discutible la afirmación de José A. Balseiro: «Reconozcamos que si sus simpatías no están con

la revolución—de cuyas promesas y paladines locales se burla muy veladamente, sin satirizarlos, con indirecto y artístico buen tono—jamás la vemos tomar partido»<sup>8</sup>.

Quizá fuese ésa su pretensión, pero sus burlas, lejos de ser veladas, son bien patentes cuando habla de los periodistas revolucionarios, de los propagandistas en los mítines, del público que va a esperar a los enviados de la federación asturiana o de las mismas obreras de la fábrica cuando opinan de asuntos políticos.

Por ello toda la visión de estos episodios históricos es completamente negativa y quizá la parte menos conseguida de la novela. Algunas frases carecen incluso de la inteligencia que la Pardo Bazán demostró tantas veces: «la república federal no se le hubiera ocurrido a nadie para España si Phoudom no escribe un libro sobre el principio federativo y si Pi no lo traduce y comenta» (II, 123).

La Pardo Bazán tiene una concepción elitista de la política; no importa en exceso la participación del pueblo ni las reivindicaciones del elemento obrero. Más que eso importa la acción, el gobierno eficaz que deben ejercer los sabios y los entendidos. De ahí que en algunas ocasiones<sup>9</sup> propugne un sistema de voto en el que la opinión de las gentes famosas por su saber o su dinero invertido en empresas valga mucho más—en número de votos—que la de un gañán o un obrero. No daba la Pardo excesiva importancia a los medios, quería hechos, realizaciones prácticas en la industria, la agricultura, la educación, con una postura que al final acabaría estando cercana a la del Costa derechista, que ha dibujado el profesor Tierno Galván. La verdad es que en este momento, y en esta novela concreta, no se da cuenta de que la república era la oportunidad mayor que se había presentado desde hacía mucho tiempo para las reivindicaciones populares (otra cuestión distinta, y en la que nuestra autora no entra, es que tales perspectivas se vieron pronto defraudadas).

Pero si la autora no supo ver las implicaciones políticas de la existencia obrera, sí estudió con devoción y pintó muchas veces con acierto los aspectos más visibles de este tipo de vida, para ella entonces novedoso. Y en este sentido sí que podemos llamar a nuestra autora naturalista, en el sentido que a esta palabra dan algunos críticos marxistas (Lukacs, Goldmann, etc.): como descriptora de los hechos aislados, puramente fenoménicos, sin revelar sus conexiones profundas ni sus implicaciones políticas.

---

<sup>8</sup> JOSÉ A. BALSEIRO: *Novelistas españoles modernos*. The Mac Millan Company, New York, 1933, página 272.

<sup>9</sup> *Vid.*, por ejemplo, E. P. B.: «Con una alemana», en *Nuevo Teatro Crítico*, febrero 1891, número 2, págs. 54-67.

Doña Emilia vivió el ambiente de la fábrica. En los «apuntes» autobiográficos que publicó precediendo a la primera edición de *Los Pazos de Ulloa* (y que no han sido reproducidos en la edición de Aguilar de *Obras completas*) recuerda que pasó un mes observando el trabajo de los obreros en la fábrica de tabacos coruñesa. Gracias a ello pudo conocer bien algunos de sus rasgos negativos:

a) La falta de condiciones higiénicas:

«... los talleres, donde la atmósfera estaba saturada de olor ingrato y herbáceo del virginia humedecido y de la hoja medio verde, mezclado con las emanaciones de tanto cuerpo humano, y con el fétido olor de las letrinas próximas» (II, 118).

b) La falta de seguridad en el trabajo:

«Cada dos hombres tenían ante sí una mesa o tablero, y mientras el uno, saltando con rapidez, subía y bajaba la cuchilla picando la hoja, el otro, con los brazos enterrados en el tabaco, lo revolvía para que el ya picado fuese deslizándose y quedase sólo en la mesa el entero, operación que requería gran agilidad y tino, porque era fácil que, al caer la cuchilla, segase los dedos o la mano que encontrara a su alcance» (II, 149).

c) El método del destajo que agota al obrero:

«Como se trabajaba a destajo, los picadores no se daban punto de reposo», y que provoca la depauperación física:

«... corría el sudor de todos los poros de su miserable cuerpo y la ligereza del traje y violencia de las actitudes patetizaban la delgadez de sus miembros, el hundimiento del jadeante esternón, la pobreza de las garrosas canillas, el térreo color de las consumidas carnes» (II, 150). Las descripciones de la Pardo Bazán llegan a adquirir, en ciertos momentos, «hasta negro color de infierno dantesco», como dice Baquero Goyanes<sup>10</sup>.

Pero también sabe ver, ocasionalmente, los aspectos positivos de la solidaridad obrera: «pero no tardó (Amparo) en encariñarse con la fábrica, en sentir ese orgullo y apego inexplicables que infunden la colectividad y la asociación: la fraternidad del trabajo». (Aunque hay que señalar el significativo adjetivo que le añade la autora: inexplicable. Nada extraño, cuando en otro momento dice, cediendo a sus prejuicios de clase: «la explotación del hombre por el hombre tomaba carácter despiadado y feroz, según suele acontecer cuando se ejerce de pobre a pobre» [II, 130].)

También sabe señalar la diferencia que hay entre la gente del campo y de la ciudad: la clase obrera que procede de La Coruña es política-

<sup>10</sup> MARIANO BAQUERO GOYANES: «La novela naturalista española: Emilia Pardo Bazán», *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XIII, núm. 2, 1954-5, pág. 560.

mente más avanzada («... en la fábrica observaba Amparo que las aldeanas eran las menos federales [...] algunas tenían sus puntas y ribetes de reaccionarias y, en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalista del labrador») y tiene, como lo demuestra en el momento de la huelga, un gran sentido de sus reivindicaciones, aunque sean éstas inmediatas.

Estas características de observación atenta y de perspectiva en lo esencial se dan también al pintar los barrios obreros que la Pardo Bazán describe, aunque con menor detallismo que los centrados en la fábrica. En ellos señala lo más característico, etimológicamente, del proletariado: la abundancia de descendencia:

«Lo más característico del barrio eran los chiquillos. De cada casucha, baja y roma, al lucir el sol en el horizonte salía una tribu, una pollada, un hormiguero de ángeles» (II, 170). (Señalemos, al pasar—y aunque no sea pertinente a nuestros efectos actuales—, una característica de estilo propia de la Pardo Bazán, ese contraste entre la imagen realista, casi peyorativa—pollada, hormiguero—y el sustantivo embellecedor—ángeles—. Es ejemplo que se repite con frecuencia.)

Y también señala la autora, a nivel de barriada, los aspectos positivos de la solidaridad obrera:

«Reinaba en el barrio cierta confianza, una especie de compadrazgo perpetuo, un comunismo amable» (II, 171).

Tampoco podía ser ajena la novelista a uno de los aspectos que más le interesaba: el de la promoción de la mujer. Tiene que ver con mirada favorable ese ascenso de la mujer en la sociedad y su independencia por medio del trabajo. (Este tema de la posición social femenina será uno de los centrales de dos de sus novelas posteriores: *Una cristiana* y *La prueba*. Allí, como en todo, adoptará doña Emilia una posición de justo medio, de centrismo, entre la mujer emancipada, significada por una extranjera, y la mujer burguesa que no sabe salir del ambiente hogareño y se ahoga en una educación banal). En este aspecto, el contraste que presenta entre la burguesía de Marineda y las cigarreras no puede ser más significativo. Presenta a aquéllas como seres decorativos, que no saben ni de política ni de nada, y, lo que es peor, que no sienten por esos aspectos de la vida el menor interés. Su único problema es el de la búsqueda de marido; en cierto momento de la obra dice claramente doña Emilia:

«Hoy por hoy, existe entre la mujer de la clase media y la del pueblo español este abismo profundo: la del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida; la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el

trabajo del hombre. De aquí se origina en la burguesa mayor dependencia, menos originalidad y espontaneidad.»

Nos muestra, pues, esta novela una serie de aspectos positivos de la sociedad de su tiempo: para reproducirlos utiliza la Pardo Bazán un naturalismo mitigado, de índole puramente formal. Rechazando el determinismo característico de la escuela francesa, adopta aquellos aspectos que más le favorecían para su objetivo actual, así la documentación antes de escribir, las prolijas descripciones, la primacía del dato físico (lo que lleva a Baquero Goyanes a hablar de fisiología socializada) y, sobre todo, la reproducción de aquellos aspectos de la realidad que cierto romanticismo había proscrito por no interesante. Sobre todo—y en este caso concreto—el trabajo fabril tan poco propicio para la idealización o el costumbrismo.

En estos aspectos es donde están las mayores virtudes de *La Tribuna*. Ya que los valores más importantes de la Pardo Bazán no son ni la profundización en los planteamientos de sus novelas, ni el conocimiento de las líneas de evolución de una sociedad determinada, sino la descripción de los aspectos más visibles: el color, el movimiento, la vida.

Pero aquellos aspectos que requerían una mayor amplitud de visión (las reivindicaciones políticas, la necesidad de cultura de la clase obrera, las razones del entusiasmo popular por la revolución del 68 y la república federal, la importancia del proletariado en el conjunto de aquella sociedad, etc.), todo esto se le escapa. Como dice Víctor Fuentes en un interesante artículo:

«En la actualidad, el idealismo de *La Tribuna*, la moraleja que la autora pretende sacar de ella, se nos revela como caduca ideología conservadora, mientras que su naturaleza hace de ella un valioso documento de las condiciones de la vida y de las aspiraciones de la clase obrera en el período 1868-1873»<sup>11</sup>.

Esa ideología conservadora es también la causa profunda de que el folletinesco argumento de la madre soltera traicionada por el apuesto militar no logre mostrar las relaciones verdaderas entre las clases y se quede en un plano más bien superficial y anecdótico.

Quizá también la elección del argumento condicione la falta de coordinación, de unidad artística que, a veces, se deja sentir en el triple simbolismo de la novela. Ya hemos señalado cómo el nombre de la fábrica es el mismo de la protagonista. Y que una y otra y, en general, todo el país se han dejado arrastrar por la marea oratoria, que ha convertido todo en una inmensa tribuna. Por otra parte, la vida de Amparo

<sup>11</sup> VÍCTOR FUENTES: «La aparición del proletariado en la novelística española: sobre *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán», en *Crítica*, núm. 31, enero-febrero-marzo 1971, págs. 90-94.

se va haciendo paralelamente a los más importantes hechos que se escalonan desde septiembre de 1868 hasta la proclamación de la primera República. Su novio, frustrado marido (al menos en esta novela), es militar, como queriendo resaltar también la participación importante que el ejército tuvo en los avatares políticos del siglo pasado. Todo parece, pues, enlazado para crear en la novela un complejo símbolo de toda la vida del país, lo que le lleva a decir a la autora que la fábrica es «la fiel imagen abreviada de la nación española» (II, 133). Pero para que este simbolismo total hubiera sido plenamente eficaz artísticamente hubiera hecho falta que se nos mostrase más vivamente el elemento conservador del país que frustraba una ilusión. Así el panorama hubiera sido más completo.

*JOSE SANCHEZ REBOREDO*

Instituto Nacional Arzobispo Gelmírez  
SANTIAGO DE COMPOSTELA